

ALMAS EN EL TAJO ROJO

Impresiones vivas y comentarios de un testigo ¹

El hierro líquido es rojo como el mismo fuego. Cuando se oxida aparece de ocre-rojizo. Para protegerlo se le recubre con una tonalidad viva de minio.

Mi escenario de trabajo este verano ha sido una importante factoría naval. Otras veces he trabajado entre el peonaje amorfo que se encuentra uniforme en cualquier rincón de la península, porque de todas sus tierras afluyen allí donde hay trabajo que no requiere especialidad. Pero ahora mis compañeros de faena, aun dentro de la categoría de peón, no eran ni analfabetos ni trashumantes.

El hábito hace al monje.—Trabajábamos en aquella factoría una docena de clérigos, seminaristas y religiosos. Alguno incluso era sacerdote. El primer día que nos presentamos al trabajo recibí una interesante lección práctica. Me presenté, como jefe del grupo, en las oficinas de la factoría, para formalizar nuestra inscripción, a las ocho de la mañana, hora de entrada oficial al trabajo. Pregunté al portero por algunos de los altos empleados, que conocían nuestra especial condición. Aquel humilde funcionario reaccionó de forma violenta, asegurándome que no había nadie, que no eran horas de venir, sino a las doce, al terminar la media jornada. En fin, menos agredirme físicamente, creo que empleó todos los recursos para echarme de sus modestos dominios.

¹ Aun cuando no se trate de un artículo ni de un comentario en el sentido corriente, insertamos con gusto en este lugar las siguientes notas inéditas del padre Mateo, ya conocido por otras publicaciones semejantes. Nos ofrecen escenas vivas de nuestro mundo del trabajo, que además de permitirnos penetrar más íntimamente en el conocimiento de los hechos suscitan por sí mismas ideas y juicios, sin contar con los que el propio autor formula por su cuenta. La extensión del trabajo nos impide publicarlo íntegro en este número; procuraremos terminarlo en el siguiente, pero su misma índole hace que lo que hoy publicamos pueda leerse con fruto y tenga sentido, en cierto modo, completo.

Tengo que aclarar que mi atuendo, empezando de arriba abajo, consistía en una chaqueta gris de punto sobre el buzo y unas alpargatas. Soporté la tormenta y oculté mi condición, camuflada bajo aquella ropa. Allí afuera esperamos todos los del grupo.

La actitud de aquel pobre hombre no es nueva, se repite miles de veces cada día; pero para mí, en aquellos momentos, se me representó como todo un símbolo. De habernos presentado de sotana o con hábitos, nuestro recibimiento hubiera sido bien diferente, y si encima le hubiese presentado una tarjeta de recomendación, la conducta de aquel cancerbero hubiera sido hasta amable.

En fin de cuentas, se me trataba conforme a lo que representaba: un obrero que se presenta a pedir trabajo. Todo aquello tan vulgar, y por desgracia tan corriente, no hizo sino confirmarme en la idea de que el problema social, fundamentalmente, estriba en la falta de amor y en la carencia de dignidad con que se trata a los pobres. Mientras se obre y se consienta que obren así los subalternos, estaremos muy lejos de la unión y hermandad entre los hombres y las clases sociales.

Al poco rato pasó hacia la factoría un íntimo amigo mío y compañero, comandante de la Armada e inspector de Buques. Se quedó de una pieza al contemplar mi facha. Mientras charlábamos un rato, llegó el jefe de personal. Me presentó y pasamos a su despacho. El portero se inclinó, obsequioso y sonriente. Nunca me ha parecido la actitud servil de un hombre tan semejante a la de un perro fiel, que gruñe a los extraños y hace zalemas al amo.

El hermano de don Fulano.—En adelante todo fueron facilidades y amabilidad entre los escribientes que nos tomaron la filiación, máxime desde que cometí la torpeza de declarar mi nombre auténtico y descubrieron mi parentesco cercano con uno de los ingenieros jefes, por aquella época ausente de la fábrica.

Entre tantas esperas y papeleos, el tiempo había pasado, y para cuando entramos a trabajar hacía ya dos horas que la gente estaba en faena, y nuestro grupo, desgraciadamente, no pasó desapercibido cuando nos fueron distribuyendo por los diferentes talleres.

A mí me tocó ir a trabajar en el acondicionamiento de un buque especial que pronto se hacía a la mar. Como fui presentado, «sotto voce», al encargado como el hermano de don Fulano, pasé una de las mañanas más aburridas de mi vida, sin que nadie se metiera conmigo ni me dijera en qué tenía que trabajar. Aquellas dos horas se me hicieron interminables y sumamente molestas.

Permanecí de pie en un rincón maravillosamente iluminado, bajo cubierta, sintiéndome ser el blanco de todas las miradas. Mi posición no podía ser más estúpida: de pie, con las manos en los bolsillos del buzo, sin hacer nada ni poder disimular mi despiste y sin que me perdieran de vista toda la serie interminable de guardas de la empresa que pululaban constantemente vigilando.

El comedor.—A las doce y pico, sin que nadie me dijera nada, me fui por mi cuenta al comedor que la empresa tiene instalado para los obreros. A la entrada, dos hombres picaban la cartulina correspondiente, y en la casilla que marcaba el día de la semana.

Penetré en una inmensa nave con mesas de mármol artificial y largos bancos de madera. Calculé en más de los quinientos los hombres que estaban sentados, comiendo su correspondiente plato de alubias rojas. La ración era abundante y el pan tampoco era escaso. La radio se oía por medio de altavoces, y en el extremo de la sala había un mostrador en el que se expendía vino. Raro era el

comensal que junto a su plato no tuviera su correspondiente botella de tamaño muy diverso.

Con el pasar de los días, aquel ambiente se me hizo familiar, pero aquella impresión primera se me quedó grabada. Me sentí como perdido en aquella masa humana. La mayoría iban realmente muy sucios y pringosos, como gente que acaba de dejar el trabajo pensando continuarlo en seguida. Su atuendo estaba muy deteriorado, y su colorido era casi uniforme: una mezcla de grasa, óxido de hierro y lamparones de minio. Llevaban todos la cabeza descubierta y con la pelambre aplastada y revuelta, que delataba la boina recién quitada al sentarse a comer.

Los caballos de alubias.—Eran raros los que hablaban. Se comía y se bebía con bastante silencio de palabras y de ruidos bucales. La comida no estaba mal condimentada, pero como era plato único había que cargar el estómago a base de él, con lo que la digestión resultaba laboriosa, y en este sentido oí quejarse a muchos obreros, aunque ellos lo atribuían al bicarbonato.

Variaba el plato único de un día para el otro, en perfecto giro rotativo de alubias blancas, rojas, garbanzos y patatas con bacalao o con alubias verdes. Entre los obreros se ironizaba sobre el menú diciendo que esta faena o la otra la realizaban tantos caballos de alubias.

Dirigí la mirada por toda la nave y fui localizando perfectamente a mis diseminados compañeros. Se les distinguía fácilmente: tenían otra pinta, iban más limpios y a muchos les delataban las gafas. Todos ellos daban la sensación de gallinas en corral ajeno.

A qué han venido esos curas.—Había sobre todo dos de los nuestros, que comían juntos, que atraían la general mirada por su aspecto pálido y ascético. Mi comensal de enfrente, sin dejar de mirarlos, me preguntó: «Oye, ¿es verdad que han venido unos curas a trabajar?». «Eso he oído», contesté, despistando. «¿Sabes para qué han venido?», continuó el viejo. «Me figuro que para conocernos y enterarse de lo que aquí pasa.» A mi interlocutor no le convenció mi respuesta, y agregó muy serio: «Vendrán para aprender un oficio y aprovecharse de él en el convento».

A uno de los nuestros, de faz rubicunda y entrado en carnes, a quien su boina hasta las orejas, su buzo limpio y sus gafas le daban a lo más aspecto de chófer de casa grande, sus compañeros de trabajo le hacían el vacío, sin dejarle desahogar su facundia fácil.

El pobre pasó un par de días amargado, porque, mientras los demás contábamos por la noche nuestras charlas con los obreros, él no tenía nada que contar. Al tercer día volvió a casa alborozado. Aquel día pudo hablar por los codos, formando peñote con sus compañeros esquivos, en cuanto éstos se enteraron que su profesión no era la de detective policíaco, sino la de estudiante de sacerdote.

Primeros trabajos.—Tuve la fortuna de reconocer a un obrero que conocí en Salamanca durante el pasado verano. Salimos juntos del comedor y me presentó a varios compañeros. Con ello dejé de sentir aquella sensación de soledad molesta, dentro de aquella multitud desconocida.

A la una y media me reintegré a mi rincón, dispuesto a trabajar fuese como fuese. En cuanto apareció el encargado, le planteé la cuestión. Se disculpó con que había poco trabajo entonces y me asignó a una brigada de seis hombres, a las órdenes directas de Quico, un antiguo marinero entrado en años, de pocas palabras, socarrón y de andares desgarbados. Mis nuevos compañeros formaban un mosaico peninsular: burgaleses, navarros, madrileños y asturianos.

Ninguno me hablaba ni me preguntaba nada sobre mi persona. Era el mejor síntoma de que todos conocían mi condición. Además, cuando se tenían que dirigir a mí, tanto ellos como Quico, lo hacían tratándome de usted.

Nuestro cometido consistía en transportar, dentro del barco, diversos objetos para que los fondearan. El trabajo era escaso, y con frecuencia nos quedábamos parados en lugares estratégicos, que en términos castrenses hubiéramos calificado como de desenfilados de fuegos y vistas del enemigo, en este caso el encargado y sus secuaces.

Trabajé lo mejor que supe, dentro del ritmo general de la brigada, y al poco tiempo noté con agrado que era uno de tantos. Es curioso comprobar, y muchas veces lo he observado, el pobre concepto que tienen los obreros de nuestras fuerzas y habilidades en el trabajo. Siempre que he llegado nuevo a cualquier tajo, he visto idénticas expresiones en las caras de los capataces y encargados: una mezcla de contrariedad e indiferencia con la que evidencian el concepto de incapacidad que les merezco.

Opiniones de un encargado.—En aquel barco había muchas cosas que ver, y como constantemente íbamos de un lado para otro, aquella primera tarde de trabajo se me pasó rápida y entretenida.

Pasé un largo rato de charla con el encargado. Me expuso su punto de vista laboral de forma bastante ecuánime, mostrándose satisfecho de la laboriosidad de su gente cuando de verdad había trabajo, no como ahora.

Para él, todos ganaban poco, comenzando por sí mismo, que con las cuatro mil pesetas mensuales se defendía porque no tenía hijos ni vicios. Sus hombres eran magníficos obreros que ahora, por hacer falta, trabajaban de peones. Sin embargo, su porvenir estaba cerrado en llegando a oficiales de primera. De ahí no pasarían en toda su vida ni mejorarían económicamente de forma apreciable, a pesar de que ganaban insuficientemente para vivir.

Con todo, su mentalidad era bastante anticuada y, aun cuando procedía de familia obrera y lo había sido él también, se inclinaba más hacia los de la empresa que hacia los de su propia clase de origen. No podía comprender la conducta general, y en concreto la de sus hombres, a partir de la última huelga, al no querer meter el cuarto, esto es, las dos horas extraordinarias, hasta completar las diez horas de jornada diaria.

No dejaba de considerar como un estúpido contrasentido el que aquella gente, que lo necesitaba para vivir, no quisiera ganar esas ocho o diez pesetas más. Prescindía por completo de todo el sentido de solidaridad y de abgenado sacrificio de clase, que representaba la muda protesta por su insuficiente jornal. Con aquella muda protesta patentizaban su deseo de poder vivir dignamente y su petición de que se les pagara por las ocho horas lo que antes les pagaban por diez.

Esta era la aspiración casi unánime en toda la factoría, y la generalidad de los obreros no metía el cuarto, a partir de la huelga, para forzar a la empresa a que cediera a esa petición ante lo bajo de la producción.

Desde el principio me admiró el ambiente de solidaridad y el espíritu de sacrificio que reinaba entre todos, manteniendo aquella guerra fría y sorda en defensa de sus intereses vitales. También pude apreciar bien pronto, y me lo confirmaron cien veces después ellos de palabra, que los obreros trabajaban lo menos posible, sin llegar a la huelga de brazos caídos. Sólo trabajaban a buen ritmo y con eficiencia cuando les daban tarea y veían que podían ganar «perras», como ellos decían, sacando un beneficio del 80 al 100 por 100 de horas extras a cobrar.

Mi jornada de trabajo.—A las seis menos cuarto de la tarde tocaba el cuerno para salir. La jornada normal duraba desde las ocho de la mañana a las doce, y de una y media hasta esa hora. Se añadía ese cuarto de hora a fin de recuperar durante todo el año las fiestas de este carácter.

Era un curioso espectáculo ver a la gente adquirir un ritmo vertiginoso en ir a colgar la chapa y en lanzarse a los lavabos y cuartos de aseo al conjuro de la sirena. A los diez minutos de señalado el fin del trabajo, filas interminables salían por las diversas puertas, quedando la factoría desierta.

Vivíamos en un pueblecito cercano. El tren de vuelta tardó, como a la mañana, los tres cuartos de hora largos, que, unidos al tiempo empleado en el camino hasta la estación y de ésta a la fábrica, hacían un total de más de las dos horas entre la ida y la vuelta. Mi desplazamiento era bastante normal dado el gran contingente de obreros que ocupaban conmigo los trenes todos los días, hasta el punto de ir superpresados en aquellos espaciosos vagones.

Este tiempo perdido en ir y en volver del trabajo, que la concentración industrial moderna impone, no se puede perder de vista, y a la larga resulta una carga pesadísima. Mi jornada normal de las ocho horas me suponía salir de casa antes de las siete de la mañana, para volver exactamente doce horas más tarde. Metiendo las dos horas más, lo normal antes de la huelga, hubieran supuesto catorce horas fuera del hogar. ¿Es extraña en estas condiciones la disolución de la familia moderna?

El viejo Quico.—Los tres días siguientes fueron semejantes. El viejo Quico seguía tratándome de usted, pero me contaba sus confidencias. En el fondo era un romántico que vivía del recuerdo de su fallecida esposa. Trabajaba con mucha cabeza y sabía camuflarse como el primero de las miradas del encargado. En su juventud recorrió todos los mares. Luego se hizo pescador y terminó entrando en la factoría; de esto hacía ya muchos años.

Su relato era el de una vida bien azarosa y dura para poder sacar adelante a su familia. Contaba, con una ternura que extrañaba a su exterior, cómo había ido viendo crecer a sus hijos siempre dormidos, cuando ya de noche llegaba del trabajo, porque los días de fiesta y de vacaciones también los empleaba en salir a pescar con su vieja lancha, que hacía unos días acababa de vender.

Me tomó pronto cariño y me propuso enseñarme toda la maquinaria de aquel barco, incluso el túnel de la hélice. Pasé un rato encantador oyéndole explicar minuciosamente todos los detalles y contestando a todas mis preguntas. De vez en cuando se frotaba la frente con su tosca mano y me repetía: «Claro que usted, por sus estudios, lo sabe mejor. Yo sólo lo conozco con la práctica de tantos años».

En él encontré al trabajador honrado, orgulloso de su profesión, que entendía bien su oficio. No guardaba rencor a nadie. Conocía y quería bien a los muchachos de su brigada. Para el encargado guardaba un respetuoso desprecio por la poca cabeza que tenía al mandar, sin cuidarse de la seguridad de sus hombres, y el servilismo con que obedecía a ciegas a sus superiores, sin defender a sus subordinados de abusos y atropellos.

Su queja amarga se basaba en lo desagradecida que era la empresa para con todos, y en especial para con los que le habían consagrado toda su vida. «Nadie me ha tenido que llamar la atención para que trabaje. Yo quiero trabajar bien y todo lo que haga falta, pero también quiero que me paguen, para que pueda vivir mejor que un animal. Ni soy vicioso ni nunca lo he sido.» Entonces se calentaba

y con gran fuego me lo dijo muchas veces: «Se lo digo a usted con toda mi alma: si en mí estuviera, todos los sinvergüenzas que se juegan los cuartos y tiran el jornal en juergas y en vicios iban en seguida al paredón».

Que los metan en la rasca.—Como otras veces me ha ocurrido, en aquel trabajo y en aquel ambiente me encontraba muy a gusto y muy cómodo. Pero no había ido allí a trabajar para eso. Quería conocer la vida dura, sucia y peligrosa del obrero de aquella factoría. Ya que por el parentesco había salido perjudicado a mi entrada, decidí aprovecharme de él para trabajar donde más me placiera.

Al pasar un día cerca de un grupo, durante el descanso del mediodía, oí a un obrero, que era una pura mancha de pringue y pintura, decir a los demás: «A esos curas que han venido a trabajar debían mandarlos a todos a la rasca». El tono de desprecio con que lo pronunció me impresionó, y desde aquel momento hice el propósito de emplear todos los recursos hasta lograr que me destinaran allí, a la rasca, donde el trabajo ponía de aquella pinta a un obrero.

Para documentarme de mi nuevo destino le conté a Quico mis propósitos: «No haga usted disparates, aquí está usted bien. Allí en la rasca no va a encontrar más que cafres y no oirá más que blasfemias y disparates. Además, aquello no es para usted; es muy duro y también peligroso». Para convencerme a mí lo comenté con los de la brigada, en una de nuestras desenfildadas del encargado, y casi todos me contaron sus aventuras. Todos ellos habían pasado más o menos tiempo en aquel destino y no guardaban demasiado buen recuerdo. Por unanimidad, el «coco» era la limpieza de los tanques de petróleo y los dobles fondos de los buques.

Estos compartimentos se encuentran entre el piso de la bodega y la parte inferior del casco. Su altura es tan escasa que los hombres tienen que ir gateando, con lo que queda dicho cómo se embadurnan con las heces del petróleo, con el óxido y con toda clase de suciedad. No tiene ninguna ventilación, y el obrero tiene que trabajar con focos de acetileno y accionando la máquina de picar, que funciona con aire a presión. La atmósfera se hace irrespirable en seguida, hasta el punto de que apenas luce la llama del foco. La postura es infame, y el ruido que resuena tan enloquecedor que algunos de ellos me aseguraron que habían pasado varios días después completamente sordos.

Algunos añadían a todo lo dicho el efecto que les había causado el pintar estos tanques con bustimatic, o algún nombre parecido, para impermeabilizarlos. Es una pintura que impermeabiliza completamente y compuesta a base de éter. En aquellos espacios tan reducidos, las emanaciones etéreas producen al principio un efecto embriagador de alegría desbordante, para acabar pronto con la pérdida completa del conocimiento. Cabe suponerse las funestas consecuencias en el caso de que no se den cuenta a tiempo del accidente el encargado o alguno de los compañeros.

Saqué la conclusión de que el departamento de la rasca o rasqueta era algo así como lo que en nuestro ejército resulta el Tercio: la fuerza de choque para todo trabajo fuerte y duro.

Con los de la rasqueta.—Todos los relatos de Quico y su brigada no lograron hacerme desistir de mi propósito, y al cuarto día le pedí al jefe de personal mi traslado para la rasqueta. Me puso alguna ligera objeción, indicándome lo que era aquel trabajo. Antiguamente se enviaba allí a los castigados, era entonces algo así como una colonia penitenciaria. Pero aquellos tiempos pasaron ya, y ahora la gente estaba voluntariamente. No solían querer salir a otros destinos, porque se

podía ganar allí más dinero que en otros departamentos. Comprendió pronto que mi decisión estaba tomada en firme y no puso más reparos. «Al fin y al cabo, como me dijo, para eso ha venido usted aquí, para conocer todo esto.»

Y comenzó una nueva época para mí. Me presenté al listero de mi nuevo departamento. Hasta allí no había llegado mi filiación personal, y campechanamente me tuteó. Después, sin demasiados miramientos, pero correctamente, me indicó que saliera fuera a esperar a mi nuevo encargado. Cuando llegó éste, me confió a un viejo veterano de amplia boina, atuendo cochambroso y rostro de bondadosa serenidad, aunque luego resultó ser un solterón recordman en borracheras.

Me sentí a gusto; el abuelo Nicolás me tuteaba, se interesaba por mi mujer e hijos, extrañándose de que fuera aún soltero, y quería saber de dónde era y de dónde venía. Puso su armario a mi disposición para guardar mi ropa. En fin, me tomaba como a un auténtico compañero de trabajo.

La caja de las cadenas.—En compañía del abuelo Nicolás y de tres hombres más, se nos mandó a otro buque para que limpiáramos su caja de cadenas. Aunque al levar las anclas la manguera de agua a presión las va limpiando, con todo, siempre se quedan con lodo, que al secarse queda depositado en forma de polvo.

Aquel trabajo nos lo pusieron para que lo realizáramos en ocho horas de tarea. Mi cometido consistía en llevar los cubos que se sacaban con una cuerda, ayudándose por una polea, hasta vaciarlos en un gran balde en cubierta.

Trabajamos al principio a muy buen ritmo, pero sin matarnos, y de vez en cuando descansábamos. Para las once lo teníamos prácticamente acabado. Sin embargo, allí permanecimos sin decir nada al encargado, porque hubiéramos sacado un beneficio superior al 100 por 100, esto es, cinco horas en ocho, y a los de arriba les hubiera sentado mal. Las consecuencias se pagarían en la próxima tarea, que la hubieran puesto mucho más difícil.

Opiniones de un obrero.—Durante aquel prolongado descanso charlé de largo con uno de mis nuevos compañeros, sobre la escuela de aprendices que sostenía la empresa y a la que asistía uno de sus hijos. Oyéndole hablar de aquella manera tan sensata, velando por su porvenir, me acordé de un comentario que me hizo mi compañero de trabajo de hace unos años, al ver cómo los mineros salían de paseo los domingos con sus hijos: «Aman a los suyos como mi padre puede amarme a mí». Para aquel muchacho, aquellos paseos fueron toda una revelación. En el subconsciente tenía grabada la figura de un minero como la de un ser monstruoso que gozaba viendo volar con dinamita hasta su propio hogar.

Otras facetas interesantes me descubrió aquel hombre maduro. Sobre mi comentario de lo bien librados que salíamos aquella mañana doblando el jornal, su respuesta fué tajante: «No creas que las tareas son siempre tan provechosas ni que la empresa se coge los dedos. A nosotros, por este trabajo, nos pagará veinte duros, y ella al dueño del barco le soplará las quinientas o seiscientas por lo menos».

Es una realidad el avance que en todos los aspectos se ha efectuado en la clase obrera y no podemos ignorarlo, sobre todo en lo que afecta a la consciencia de la riqueza que produce. Hace unos pocos años, este comentario hubiera resultado insólito; hoy, en cambio, resulta completamente normal. Por no tener en cuenta esta evolución, este despertar del obrero, es frecuente oír todavía a gente adinerada quejarse de las peticiones de sus asalariados. Los califican de eternos descontentos, sin pararse a analizar todo el fondo de justicia que puedan encerrar aquellas peticiones y cerrando su juicio a toda comprensión.

Revisando viejos criterios.—Es demasiado fácil, pero egoísta, rechazar de plano toda aspiración legítima de mejora social y familiar. El hombre, por ley natural, es sumamente perfectible y tiende espontáneamente a mayor perfección en su cultura y nivel medio de vida.

Desengañémonos, que los tiempos no pasan en balde para nadie y que los progresos y comodidades de la civilización no sólo son legítimamente deseables para los potentados, sino para todos en su diversa calidad.

En el cálculo del jornal legítimo, debido en justicia, me parece que se juega con conceptos equívocos, que nos llevan a un vulgar círculo vicioso. Doctrinalmente, en el cómputo de las necesidades a cubrir con el jornal, se incluyen las diversiones honestas y apropiadas a uno de su clase.

Mientras nos mantenemos en el terreno de la teoría, todo va conforme. Pero no es infrecuente, ni muchísimo menos, el que la gente adinerada se rasgue las vestiduras, escandalizándose de que en muchos hogares humildes no falte la radio, de que vayan al cine o al fútbol o de que se tomen, de vez en cuando, algún chiquito de vino.

Me parece indudable que estas diversiones deben estar al alcance de cualquier trabajador. Es más, creo que son necesarias, como lo debía ser la lectura de periódicos y de revistas populares, si no queremos que nuestras clases humildes estén a un nivel bajísimo de cultura con respecto a cualquier pueblo civilizado.

Ahora bien, cuando llegamos al terreno de las realidades cotidianas, vemos que, para justificar jornales que no llegan a ese mínimo vital debido en justicia, se alegan vicios y despilfarros. Entonces a los jornaleros que practican aquellas diversiones se les califica de manirroto, por la suprema razón de que son lujosas y sólo apropiadas a los pudientes.

Tenemos que estructurar urgentemente nuestra sociedad, dando a los trabajadores acceso a la lectura, espectáculos, deportes y a todo lo que signifique algún cultivo del espíritu. Todo ello tiene que ser consecuencia lógica del plan formativo de nuestras juventudes obreras en Institutos y Universidades Laborales. No tendría sentido el iniciar al joven trabajador en el estudio de su profesión, despertando sus aptitudes intelectuales y artísticas, para no darle luego el natural desarrollo y satisfacción de esas necesidades racionales.

Durante mi estancia en aquella factoría se estaba corriendo la vuelta ciclista a Francia. Los comentarios sobre el resultado del día anterior y sobre la clasificación general eran, entre los jóvenes, el tema obligado de conversación al llegar cada mañana al trabajo. Hablaban, discutían, hacían sus pronósticos con todo entusiasmo, hasta que la voz grave de algún respetable padre de familia les hacía callar: «¡Idiotas! ¿Qué os importa si ha llegado el primero Bahamontes o el moro Muza? ¿Vais a ganar vosotros más jornal por eso? Pues entonces dejad de hacer la cotorra y ocupaos de lo que os importa».

No cabe duda de que en esto, como en otras muchas cosas, tenían dos mentalidades completamente distintas. Este comentario no quiere decir que pretendo patrocinar, por su abuso, a ese verdadero opio con que se está adormeciendo, consciente o inconscientemente, a la masa proletaria y burguesa, por medio del deporte profesional convertido en espectáculo masivo.

En el dique.—Otra ventaja que tenía mi nuevo destino era la variedad de trabajos en que nos ocupaban. Aquella tarde, el encargado nos mandó coger del almacén cepillos de cerdas de alambre con sus correspondientes mangos y unas

pértigas de unos cinco metros, a cuyo extremo debíamos sujetar el mango de los cepillos.

Nuestro cometido consistía en bajar al dique, entonces sin agua, y desde aquel piso frotar el verdín de la parte superior de la obra viva, en el barco que estaba de reparación. Empezaron mis tres compañeros a frotar con el cepillo y su descomunal mango añadido, y la cosa no parecía tan difícil. La verga se cimbreaba rítmicamente y el cepillo frotaba acompasadamente el casco.

Comencé entusiasmado, como sin darle importancia, lo mismo que si hubiera sido el oficio de toda mi vida. En mis inexpertas manos, todo aquel tinglado danzaba descompasadamente. Tan pronto frotaba un sitio como el otro, sin atinar en el blanco. Además, la operación resultaba molesta para el cuello, los brazos y los riñones, pero sobre todo para los ojos, porque caía sobre ellos toda la porquería que bajaba desde la altura frotada.

Poco a poco, poniendo los cinco sentidos y todas mis energías, conseguí hacerlo menos mal. Era capital el que por aquel estúpido trabajo no me descubrieran, perdiendo mi privilegiado incógnito y con él mi situación de obrero corriente. A mis compañeros no les extrañaba mi torpeza. Me dieron diversos consejos de cómo lo debía hacer, llevando el ritmo para que frotara sin esfuerzo, y me consolaron confesándome que cuando ellos comenzaron lo hacían tan mal o peor que yo.

Con estas manifestaciones me quedé tan satisfecho y, bien que mal, seguí llenándome de porquería por arriba y de pringue por abajo, porque el dique estaba todo encharcado de un líquido negruzco, mezcla de cieno y petróleo.

En cuanto comenzó el trabajo empecé la discusión entre mis compañeros sobre quién era el que tenía que ir al encargado a pedirle que aquella limpieza nos la pusiera de tarea. Al fin se pusieron de acuerdo y marchó el que tenía más entrada con él. Volvió malhumorado, y pronto le hicieron coro los otros dos. Lo había fijado para hacerlo en seis horas, con lo que según el cálculo de mis avisados compañeros no sacaríamos arriba de una hora; con este beneficio en perspectiva, no merecía la pena matarse. Al renunciar a la tarea, el entusiasmo decayó y la cosa se tomó con calma.

Qué, ¿ya te has cansado?—Con frecuencia nos parábamos a descansar. Dejábamos el cepillo apoyado en la panza del buque y el extremo de la pértiga de pie sobre algún picadero, para que no se pringase. A pesar de todas las paradas, la postura me resultaba tan molesta que, unida a mi poca maña, hacía que me sintiera molido.

Por otra parte, aquel quedarse de pie inmóvil, sin hacer nada, no hacía sino cansarme más las piernas. En cambio, mis compañeros permanecían en esa postura, como estatuas, todo el tiempo que hiciera falta. Al fin, en uno de aquellos descansos, sin ninguna malicia y como la cosa más natural del mundo, me apoyé inconscientemente, quedando medio sentado en los tarugos de un picadero.

Me encontraba tan a gusto como un perro al que acaban de dejar de apalear, a pesar de la chicharrina del sol que caía a plomo en aquel hoyo sin viento, y a pesar de toda la capa de verdín y de mugre que cubría mi rostro sudoroso.

Cuando estaba así, tan tranquilo y ajeno de toda malicia, oí al encargado que me gritaba desde lo alto del dique: «*Qué, ¿ya te has cansado, tan pronto?*». Me cogió tan de improviso la amonestación que reaccioné automáticamente, como niño cogido «in fraganti» en su travesura.

Agarré la pértiga y comencé a frotar con redoblado entusiasmo, mientras, aver-

gonzado, contestaba un: «No, señor», respetuoso. Mis compañeros contemplaron la escena y se quedaron tan impasibles como antes. Sólo me comentaron, cuando se marchó el jefe, que mientras no me sentara ya me podía estar parado todo el tiempo que quisiera, que no me chillarían. Desde luego, ellos lo confirmaban con sus hechos.

Al descanso y a la producción.—Este amago de bronca me confirmó en que era yo un vulgar peón novato, que se cansaba extraordinariamente permaneciendo ocho horas cada día de pie, sin que esto quiera significar que no tuviera nunca descanso. Reconozco que cada vez que he visto un grupo de trabajadores sentados en el tajo, durante la jornada, me ha causado mala impresión. Pero me parece que es pura cuestión de costumbre.

La experiencia me da que siempre que he trabajado en plan de asalariado he sentido una vehemente necesidad de sentarme, y entonces no me hubiera causado mala impresión el que descansásemos dejando la posición de postes verticales.

De acuerdo con el principio evangélico de que no debemos desear para el prójimo lo que para nosotros no queremos, creo que se impone el cambio de esta absurda mentalidad: se permite que los obreros descansen, pero mal, pudiéndolo hacer perfectamente, reponiéndose de su cansancio en el mismo tiempo.

Aparte de este primer principio supremo de la caridad, me parece que hasta egoístamente y con fines prácticos se debe imponer el convencimiento de que el obrero debe realizar su trabajo en las condiciones más cómodas y seguras, evitándole todo riesgo y cansancio que no sean absolutamente necesarios en el desempeño de su trabajo. Gracias a Dios, poco a poco se va introduciendo el uso de lecturas y música en talleres de labores sedentarias.

Educación y dignidad.—Es enorme el camino a recorrer en nuestra patria en la labor educativa y cultural de nuestras clases trabajadoras. Faltan escuelas, centros de enseñanza, se comienza a trabajar demasiado jóvenes, etc., etc. Pero hay mucha incuria y responsabilidad también en las empresas y entidades particulares.

Con un gasto ligeramente superior en lavabos, duchas, evacuatorios y salas de aseo. Con un poco más de preocupación en el ornato de comedores y salas de lectura. En fin, preocupándose de hacerles grata la estancia en los descansos y en la satisfacción de sus necesidades, al obrero se le acostumbrará a la higiene, al aseo, y se le fomentarán sus casi extinguidos sentimientos del pudor y la dignidad.

No basta con que las empresas tengan los lavabos más o menos inmundos e incómodos, que consienta la inspección laboral ni que tenga abundantes letrinas en serie y sin puerta, o que las duchas funcionen, cuando las hay (concretamente, en la mía había siete duchas para varios miles de obreros), pero sin que se guarde la menor separación, favoreciendo toda clase de obscenidades. Ni, por último, que haya unas salas oscuras y viejas, con unos armarios malolientes y desvencijados para guardar los trajes.

No cabe duda de que si todo lo enunciado fuera sencillo, pero digno, arreglado y decente, sería una maravillosa escuela y modelo práctico para que el nivel cultural fuera subiendo, porque no consentirían en sus casas tenerlo peor que lo que veían en la fábrica.

No sé si en la factoría en que trabajaba había o no biblioteca. El resultado práctico es que allí la gente, después de comer, se sentaba o tumbaba por cualquier sitio, igual que animales cansados.

Calculemos por un momento toda la labor educativa que se podría hacer a base de acogerlos en un salón cómodo, aprovechando todos los adelantos del cine y alta-

voces para ponerles durante la hora de descanso películas de formación profesional o culturales. Pensemos lo que, en breve tiempo, cambiaría aquel ambiente si se les proporcionase cuidados programas de música, conferencias amenas, culturales, religiosas, etc.

En fin, se impone darles la dignidad de hombres, abriendo horizontes a sus espíritus que les aparten del sentido del goce puramente animal de la materia. Exponente de este estado de cosas actual son las láminas a todo color de desnudos provocativos que adornan los interiores de muchos de sus armarios y la profusión de novelas pornográficas que corren clandestinamente entre los jóvenes y aprendices.

Desescombrando y martilleando.—Entre los de mi nueva cuadrilla no existía la misma unánime decisión de no meter el cuarto, esto es, dos horas después de las seis, que había entre los de otros departamentos. Así que al acercarse la hora de salir tuve que rehusar la invitación que me hicieron para que me quedara, alegando tener asuntos urgentes como la compra de un candado para mi armario de la ropa.

Siguiendo la gama de mis ocupaciones variadas, al día siguiente mandaron a mi pequeño grupo, siempre bajo la protección del abuelo Nicolás, a otro buque para que despejáramos el puente y camarotes adyacentes de la basura y tablas procedentes de la demolición de sus techumbres, completamente deterioradas por los elementos y el tiempo.

Hicimos un buen trabajo, lanzando desde aquella altura a tierra un enorme montón de madera para leña. Después vaciamos cestos y más cestos llenos de estopa alquitranada, restos de lona y de pintura descascarillada y basura en general, en un enorme balde puesto en cubierta, desde donde lo sacaría la grúa cuando estuviera lleno. El sol caía de lleno, y la porquería que se escapaba de los cestos formaba con mi sudor una buena masa.

A las dos horas, y cuando nos las prometíamos muy felices por tocarnos trabajar a la sombra, el encargado nos mandó dejar los cestos y escobas para cambiarlos por martillos y cubos. Armados de las nuevas herramientas y con un foco de acetileno, descendimos por unas escaleras de mano interminables al fondo de las bodegas de otro buque.

Teníamos que limpiar de óxido las cuadernas y el costado en su parte inferior, junto al piso de la bodega. Al principio, la operación tenía su encanto. El martillar aquellas planchas, haciéndolas vibrar, viendo cómo se desprendían gruesos cortezones de óxido a la luz de mi carburo, me gustaba.

Pero pronto aquel ruido infernal de ocho o diez martillos golpeando y resonando se me hizo insoportable. Además, las partículas del óxido, al golpearlas, salían como balines, por lo que tuve que pedir unas gafas como de soldador, que daban en el almacén. Y para colmo, en mi entusiasmo, le dí tan a placer y sin cuidado que sentí cómo se me iban formando ampollas en mis dedos.

A la fuerza tuve que sentirme ambidextro y continué con entusiasmo golpeando con la zurda. He observado muchas veces que, entre los trabajadores manuales, no suele darse la ineptitud de facultades en el brazo izquierdo que a menudo padecemos los que realizamos funciones meramente burocráticas o intelectuales.

Los «caracoles».—Cuando nos faltaba poco para la hora de comer, nos mandaron salir de aquellas penumbras para trasladarnos al barco que fué escenario de mis primeras aventuras en esa factoría. Parece que urgía ultimar los detalles, para que se hiciera a la mar cuanto antes. A este fin concentraron allí todo el

personal flotante, porque por allí aparecieron todos mis compañeros clérigos, a pesar de que estábamos destinados en departamentos diferentes.

Se trataba de trasladar al hombro pesados fardos de papel impreso desde una bodega a otras. Había que subir y bajar por escalas muy inclinadas y de estrechos escalones. Nos invitaron a que voluntariamente trabajásemos los que quisiéramos durante el descanso, y me propuse aceptar para conocer aquella modalidad y su dureza.

Después de ingerir el copioso plato de las acostumbradas legumbres, me fui al almacén, en donde solíamos tener la tertulia en compañía de varios obreros que había conocido aquellos días. Tales reuniones tenían un auténtico sabor obrero, a pesar de que allí todos sabíamos quiénes éramos.

Transcurría el tiempo fácil, tumbados por donde podíamos, mientras se hablaba, se fumaba y pasaba de vez en cuando un botellín con vino cuyo tapón, agujereado por pajas, hacía el efecto del porrón. Cuando el líquido se terminaba, espontáneamente salía cualquiera a comprar otro medio cuartillo en el tenducho de al lado.

Cuando dije que aquel día metía el medio cuarto empezaron a llamarme tan pronto esquirol como caracol. En aquella tertulia, en donde se decían las cosas claras y sin tapujos, fué en donde pude apreciar mejor el estado de ánimo que reinaba entre el elemento obrero a partir de la huelga reciente.

Observé un gran ambiente de malestar y de amargura, una gran unión entre la mayoría de ellos y una peligrosísima desilusión de alcanzar pacíficamente las mejoras económicas, que consideran de urgente necesidad, por los medios razonables.

En honor de la verdad tengo que confesar que de política, en el sentido corriente de la palabra, para derrocar un partido e imponer el suyo, no observé absolutamente nada, como no fuera como resultado del desengaño total que sufrían al ver fallidos todos los caminos legales para que se les hiciera lo que consideraban de justicia.

Resaca de una huelga.—Tenían noción de su fuerza, pero de su sólo relativa unión me pareció ver claro que carecían de consignas concretas y bien estructuradas, que delatarían la cabeza de una organización política interna o del extranjero.

De la huelga habían salido vencidos, pero más desengañados y rencorosos. Se quejaban amargamente de no haber sido ni atendidos ni tenidas en cuenta ninguna de sus legítimas peticiones. Se sentían castigados injusta y arbitrariamente por las detenciones y destierros que algunos de ellos habían sufrido, sin que se les hubiera tomado la menor declaración.

La actitud, casi unánime, era la de negarse a trabajar más de las ocho horas normalmente, a excepción de los casos de urgencia o necesidad extraordinaria. Y exigían que con este horario se les pagara lo mismo que antes percibían por la jornada de diez, que era la general entonces sin excepción.

Como, por otra parte, el gobernador les había impuesto como castigo la pérdida de los quinquenios y demás ventajas provenientes de su antigüedad en la factoría, los tiros de su indignación se dirigían, por esta razón, más contra el Gobierno que contra la empresa.

Al trabajo volvieron vencidos materialmente por la falta de recursos, y esto puede ser una prueba más de que no estaban protegidos por una fuerza política, pero no derrotados ni desengañados del logro de sus aspiraciones. Continuaban ahora lo que pudiéramos llamar una huelga fría.

Tenían el convencimiento de que, no metiendo el cuarto de las dos horas y trabajando lo menos posible, la producción bajaría lo suficiente como para obligar a la empresa, al Gobierno o a quien fuera —esto les resultaba indiferente— a concederles sus peticiones.

Me admiró la serenidad con que hablaban y la fe que tenían en su triunfo, ajenos a sectarismos y demagogias. Todo este juicio expuesto no lo formé de las impresiones deducidas de aquella tertulia, sino de la totalidad de los obreros que traté dentro y fuera durante toda mi estancia. Con todos los que pude comenté intencionadamente el tema de la huelga, para poder captar con mayor exactitud su mentalidad.

¿Es suficiente la jornada de ocho horas?—No encontré en ellos ese deseo, tan corriente entre el peonaje más inculto, de querer atar, como se dice, los perros con longaniza, ni vivir sin trabajar, como otros años en mis experiencias laborales he oído con frecuencia. En cuanto se trataba en serio de este tema, encontré más sentido de responsabilidad y concepto del deber profesional del que sospechaba.

El sentir unánime se apoyaba en la firme convicción de que ocho horas, bien trabajadas, eran lo suficiente para producir todo lo que normalmente correspondería a un hombre. Y que también ese tiempo era bastante para gastar las fuerzas corrientes de un trabajador cumplidor de su obligación.

En una palabra, no me pareció que rehuían el trabajo ni que pretendían pedir gollerías; creo sencillamente que defendían los intereses que consideraban justos y vitales para el obrero.

Los más listos entre ellos me reconocían que con su actitud, a la larga, los más perjudicados vendrían a ser ellos mismos, porque la empresa no renunciaría a las ganancias que tenía previstas. Como la demanda por las compañías a las que prestaba sus servicios, o por el mismo Estado, era muy grande, todo se reduciría a aumentar más el precio de las obras y reparaciones, con lo que provocarían al final un alza general de precios, cuyas víctimas principales vendrían a ser ellos mismos, por no poder repercutirla en otros.

Para todos ellos la huelga había sido completamente legítima y justa; de ahí su enorme descontento y amargura al no ver satisfechas sus peticiones ni comprendida su actitud pacífica.

Autómatas del trabajo.—El escenario de mi trabajo era el mismo que el de mis primeros días, pero la labor era bien diferente. Constituíamos la auténtica masa indiferenciada que sin descanso subía y bajaba escaleras con un pesado paquete al hombro o en las espaldas, según el peso y tamaño.

Por término medio venían a ser de cuarenta a cincuenta escalones para arriba y otros tantos para abajo. Pocas veces he realizado un trabajo en el que las facultades humanas fueran menos empleadas. Ibamos en reata unos tras otros. Al llegar a determinado punto nos ponían encima el fardo y salíamos andando, porque hasta los mismos que cargaban decían con *donaire*: «En marcha». Subíamos y bajábamos viendo los talones o el cogote, respectivamente, del que nos precedía hasta llegar a otro punto en el que nos descargaban. El instinto de conservación jugaba mejor papel que la razón, cuidando de que no nos descalabrásemos si resbalábamos por los escalones.

Para trabajar no se empleaba el ingenio. En cambio, para camuflarse y escurrir el bulto al trabajo toda astucia era poca. Era un juego inocente que me divertía mucho y en el que tomaba parte como espectador y como jugador a un mismo tiempo.

El juego consistía en que de pronto se iba quedando la gente por los rincones del recorrido, formando grupos, cuando iba de vacío, y allí se quedaba con la mejor cara de aburrimiento. Las deserciones eran masivas, porque en cuanto veían que alguno se quedaba tenía infinidad de imitadores, parecido a lo que ocurre con los escaparates en Madrid.

Cuando esta sangría al río humano era excesiva, venía la reacción de los encargados, que en aquel trabajo constituían legión. Ellos cazaban a los «perdidos», y esto constituía la faceta más interesante del doble juego. Llegaban con gran aparato de gritos, fulminando amenazas. Los hombres de cara aburrida los recibían cambiando su faz en expresión de estupidez, como si no se dirigieran a ellos. Y remolonamente se volvía a rehacer la caravana, dirigida por aquellos mayores, hacia el rincón donde unos hombres volvían a colocarnos unos pesados fardos sobre los hombros.

Un jefe de producción.—El artifice de estas «razzias» de vagos era el jefe de producción. Su personalidad y sus facultades resultaban muy discutidas entre los obreros. Físicamente, era un magnífico ejemplar de hombre de lucha. Alto y fornido, con los brazos caídos y en ademán de hacer presa. Con el espinazo ligeramente encorvado y andares decididos. Sus ojos sanguinolentos y penetrantes animaban un rostro curtido, que por ser sombreado por una boina hasta las cejas y por un ancho bigote, recordaba la cara de cualquier gabarrero francés.

Para mí, era de unas indiscutibles cualidades para la función que desempeñaba: hacer que la gente produjera. De aquel hombre se sentía emanar la energía, y sola su presencia era capaz de movilizarnos más que todos los gritos de los subalternos.

Embutido y llenando su buzo azul de gran talla, era la personificación de la actividad. Tan pronto estaba en tierra organizando la descarga de camiones como dirigiendo el embarque e izado de las mercancías a bordo, con las grúas de vapor. Su lengua también sabía usarla contundentemente, y no era la menos eficiente de sus armas.

Muchos obreros le perdonaban que de la nada, de simple remachador, hubiera alcanzado tan pronto aquel puesto clave. A pesar de todos sus métodos expeditivos para hacer trabajar, resultaba más temido que odiado.

Conmigo tuvo la debilidad, que le desmereció a mis ojos, de hablarme en un aparte diciéndome que sabía que era hermano de «don Fulano» y que estaba a mi disposición para ayudarme en todo. Después recuperó todos los puntos en mi concepto, y me mostró con ello su inteligencia, porque al pedirle que no me descubriera y que me siguiera tratando como a los demás obreros, lo cumplió a maravilla.

Los técnicos y encargados, vistos por los obreros.—En aquel trabajo en manada pude observar bastante la psicología de los obreros. Siempre había gente que se sabía situar en los puestos estratégicos para cargar o plegar los paquetes. En aquellos puestos claves se trabajaba más o menos, según los casos; lo importante es que les daba cierto ascendiente sobre sus compañeros y un mayor contacto con los encargados al constituirse en jefecillos. No cabe duda de que en ellos se escondía un germen de jefe natural.

Estos sujetos van a su conveniencia, a elevarse de la masa, y de entre ellos es de donde la empresa sacará sus próximos subalternos. Su posición es difícil: deben agradar a los amos si quieren no sólo conservar el puesto, sino ir ascendiendo, y por otra parte sólo con cara de perro pueden hacer valer su autoridad reciente sobre los que hasta hace poco eran sus iguales.

Para los obreros, la mayoría de los encargados han llegado a su puesto por brutos y por servirles a las exigencias de los amos. No les reconocen una mayor capacitación profesional, con lo que la obediencia, careciendo de principios éticos, les resulta muy difícil.

Se sienten humillados al ser mandados por gente poco competente y culpan a la organización española de reservar los técnicos e ingenieros a labores muy burocráticas, dejando que esos testafetros incompetentes ocupen sus puestos en la dirección de los trabajos. Como modelo en este sentido de organización industrial me ponían siempre a Alemania.

Cincuenta mil botellas.—Este trabajo de mozo de cuerda en aquel barco coincidió con lo fuerte del calor estival. Pasaron los días y terminó el trasiego de impresos, para seguir con el de cajones de botellas de vinos y licores. Por nuestras pasivas espaldas y hombros cabalaron cincuenta mil botellas. En el cambio salimos perdiendo, por aumentar el peso, volumen y dificultad en sujetar el peso transportado.

De vez en cuando, en mis innumerables recorridos, me cruzaba con Quico, el viejo lobo marino de mi primera brigada. Me dirigía palabras cariñosas y, moviendo la cabeza, me decía: «Qué, ¿se currela más que con nosotros? Ya puede estar contento, que peor estará cuando lo metan en los tanques». No sé por qué, pero me parecía que todos aquellos antiguos compañeros me miraban como a una especie de Quijote incomprensible para ellos. Y la verdad es que, vista mi postura con su mirada puramente humana, no era precisamente la de una persona normal por completo.

Alcohol, obsesión y sudor.—No olvidaré fácilmente aquellas jornadas en las que los cajones, escaleras y sudor formaban una especie única con la fatiga. Yo no sé qué influjo obsesivo nos producía a todos nosotros en esas circunstancias el tintineo de algunas botellas o los rótulos de las cajas.

Si no resultase absurdo, diría que todo alcohol embotellado producía en nuestros cerebros su efecto, a través del vidrio. Era una auténtica tentación a beber de cualquiera de aquellos líquidos; confieso que yo también la experimenté. Son vivencias que apartadas de sus circunstancias, sólo imaginativamente, son difíciles de comprender.

Tal obsesión se traslucía prácticamente en escenas de lo más pintorescas. De pronto, alguien descubre un enorme barril de vino vulgar. Quita el tapón lacrado y, como por encanto, comienzan a surgir tubitos de goma y pajas de refresco. La gente bebe con tal voracidad que, de forma inexplicable, en la bodega inmediatamente inferior se forma un charco vináceo, con el gotear de las rendijas del techo. Hay que advertir que el barril estaba perfectamente trincado.

Otras veces, al pasar por un rincón, ponen en mis labios un frasco grande; bebo sin saber lo que será, mientras oigo que me dicen al oído: «Cuidado con cortarte». Era vino quinado, y el gollete lo habían roto contra una esquina. De varias cajas con botellines de propaganda de champagne desaparecieron los líquidos, permaneciendo sólo los cascós. A veces se bebían honradamente el vino de Rioja, cognac o champagne, proporcionado por los mismos representantes y dueños de las bebidas.

